
MARGIT FRENK

*Entre la voz y el silencio:
la lectura en tiempos de Cervantes*

Alcalá de Henares, Ediciones del Centro
de Estudios Cervantinos, 1997, 148 p.

En las dos últimas décadas se ha producido una avalancha de estudios, realizados desde los puntos de vista más diversos y en las más variadas disciplinas, sobre las relaciones entre oralidad y capacidad de leer y escribir. En el ámbito concreto de la literatura española de la Edad Media y del Siglo de Oro, la profesora Margit Frenk es figura pionera y muy destacada en este campo de investigación. Prueba de ello es el presente libro, que recoge los resultados de las pesquisas que la estudiosa mejicana ha venido realizando desde 1979 sobre el tema de “la difusión de la escritura a través de la voz humana hasta época muy reciente” (p. 5). Así, el tomito que ahora reseñamos consta de un capítulo inicial y de otro final expresamente (re)escritos para el presente volumen con el fin de otorgarle mayor cohesión, y de otros cinco capítulos que, ya aparecidos con anterioridad en forma de artículos o ponencias, son ahora revisados y modificados en mayor o menor medida. El lector interesado podrá encontrar la procedencia exacta de cada uno de estos trabajos en las abundantes notas, aunque de consulta un tanto incómoda, que aparecen al final del libro.

Frenk parte de la idea de que la lectura tal y como hoy la practicamos (a solas y en silencio) sólo se impone definitivamente como modo de recepción de las obras literarias a partir de finales del siglo XVIII o de principios del XIX. Hasta entonces convive, con un grado de preponderancia cada vez mayor, con “la lectura en voz alta y otras modalidades, a veces colectivas, de ‘oralización’ de los textos” (p. 5).

El primer capítulo, “Los espacios de la voz”, está dedicado a analizar esas otras maneras de recepción de los “textos” (término cuyo uso Frenk justifica, junto con el de “literatura”, para referirse incluso a producciones eminente-

mente orales por la inexistencia de otros mejores —p. 88, n.7) que se dieron en la cultura occidental hasta la invención de la imprenta. Tanto en la Antigüedad Clásica como en la Edad Media, la lectura en silencio existió, pero fue excepcional. La época medieval se encuentra “bajo el imperio de la voz” (p. 8). En ella conviven, y se interrelacionan de forma asimétrica, una cultura mayoritaria, plenamente oral según la profesora mejicana, y una cultura escrita. Ambas difieren en el plano de la creación ‘literaria’, pero coinciden en el de la difusión, ya que sus productos estaban, en la mayoría de los casos, destinados a ser transmitidos a través de la voz, de manera que incluso en los de la cultura escrita se puede hablar de una “escritura oralizada”. La misma lectura ocular privada e individual solía suponer la conversión de la letra en sonido (“*O tu che leggi, udirai*”, Dante, *Inferno*, XXII, 118) y, además, existían otras maneras, mucho más habituales, de presentar oralmente los textos, desde la lectura pública en voz alta hasta la recitación y el canto, formas de difusión cuya repercusión sobre la creación literaria habría de ser investigada. La multitud de variantes (con la consiguiente inexistencia de un texto único y fijo), el efecto sonoro de las palabras, el dinamismo, la variedad formal y de contenidos, la estructura lineal y episódica, y la presencia de repeticiones y redundancias y de efectos capaces de mantener al oyente en estado de alerta son algunos de los rasgos de las obras destinadas a una difusión oral que Margit Frenk señala a la espera de más trabajos sobre el particular. En este sentido, también convendría, quizá, que éstos tuvieran en cuenta como condicionantes de las características de una obra de este tipo no sólo la oposición entre transmisión en voz alta y recepción a través de la lectura silenciosa apuntada por Margit Frenk, sino también los posibles rasgos derivados de las distintas modalidades de difusión de una obra a través de la voz: lectura en voz alta pública/privada y lectura en voz alta/recitación memorística/representación. En cualquier caso, la profesora Frenk utiliza diferentes noticias sobre la lectura, datos procedentes de textos literarios españoles y de otras literaturas, y diversos testimonios sobre la asombrosa (para nosotros) capacidad memorística de la época para apoyar la tesis (que podríamos calificar de “oralista”) que defiende en este capítulo. Según este punto de vista, “el predominio de la voz, de la oralidad, o de la ‘vocalidad’, hasta el siglo XV nos está exigiendo una revisión de muchas ideas [...] en relación con la literatura del medioevo” (p. 13).

El paso de la lectura en voz alta a la silenciosa es, para la profesora mejicana, una transformación que duró varios siglos, no algo que la invención de la imprenta impusiera inmediatamente. En el capítulo II, “Lectores y oidores en



el Siglo de Oro”, la autora apunta que en España se leían en voz alta libros de todo tipo ante un público heterogéneo durante los siglos XVI y XVII. ‘Celestinas’, libros de caballerías, literatura pastoril, novelas cortas, cuentos, poesía lírica, teatro, y literatura epistolar y ensayística son citados por la autora (pp. 26-35) como géneros susceptibles de ser difundidos a través de la voz. Incluso “Cervantes, que leía en silencio [...], parece jugar con la idea de que [...] su *Quijote* podría ser leído oralmente” (p. 28): la extensión, regular y no excesiva, de los capítulos de la novela cervantina podría apuntar a eso. No obstante, la autora concede que se ha de suponer que “hubo textos que, por su índole misma, exigían una lectura solitaria y silenciosa” (p. 35): así, la épica culta o la *Pícara Justina*, por ejemplo. En este sentido, “la lectura silenciosa, individual y solitaria [...] en el Siglo de Oro convivió con la oral-auditiva” (p. 21). Sin embargo, la integración en poesía, novela y teatro de manifestaciones de literatura oral (refranes, canciones, cuentos, rimas infantiles, conjuros), la introducción del lenguaje coloquial y hablado, las alusiones al “lector o oydor” que aparecen en los textos, etc. son factores que hablan en favor de la continuada oralidad/auralidad en la transmisión/recepción de los textos. Ésta no se puede vincular directamente con el supuesto analfabetismo de un público que, tanto iletrado como culto, recibiría las obras a través del oído y tendría, según Frenk, una capacidad de comprensión oral de textos complejos muy superior a la que podemos imaginar. Este hecho marcaría, a su vez, el rumbo de la producción literaria: “De no haber continuado vigente el modo medieval de difusión y recepción de los textos, a la par que surgía la lectura silenciosa, el Siglo de Oro de las letras españolas no habría sido lo que fue. Y habría sido también muy diferente de como fue” (p. 38).

Los cuatro capítulos siguientes vienen a ilustrar, desde distintos puntos de vista, esta presencia de la voz y del oído en la difusión y recepción de la literatura aurisecular. Así se explicaría, por ejemplo, como se expone en el capítulo III (“La ortografía elocuente”), el criterio ortográfico de ‘escribir como suena’ de los siglos XVI y XVII. Y también la ambivalencia semántica de verbos como ‘leer’, ‘decir’, ‘hablar’, ‘recitar’, ‘contar’, ‘narrar’, ‘referir’, ‘oír’, ‘escuchar’, ‘ver’, etc., objeto de atención del capítulo IV (“Ver, oír, leer...”): “A partir del siglo XVI el libro fue enmudeciendo poco a poco; pero mientras le quedaba todavía algo o mucho de voz, el lenguaje de la lectura continuó circulando libremente entre los dos polos de la vista y el oído. De ahí las grandes ambigüedades. Quizá nunca sabremos el sentido exacto de ciertas expresiones; pero al menos sabremos que no podemos saberlo, y por qué” (p. 56). En el capítulo

V (“La poesía oralizada y sus mil variantes”) se pone de relieve la importancia de la memoria y de la voz en los procesos de escritura, copia e impresión de los textos, y sus repercusiones para la crítica textual, a través del análisis comparativo de las ocho versiones conocidas (tres manuscritas y cinco impresas) del romance *Sale la estrella de Venus*, de Lope de Vega. Para Frenk, a la difusión oral se debería buena parte de las variantes que se encuentran al cotejar las diferentes fuentes de un poema. En especial, la lírica cantada “parece haber estado predestinada a no tener un texto fijo” (p. 58), lo que requeriría un nuevo método de edición adecuado a ella (p. 64). En este sentido, en el capítulo VI, “El manuscrito poético, cómplice de la memoria”, Frenk defiende que “la poesía del Siglo de Oro parece haberse escuchado mucho más de lo que se ‘leía’ con sólo los ojos y fue [...] compañera inseparable de la memoria” (p. 71). De ahí la proliferación de manuscritos poéticos, que eran un apoyo de la oralización. Éstos son, pues, una nueva ilustración del carácter de “época de transición entre la cultura de la voz, la memoria y la variación y la cultura de la lectura silenciosa, del olvido, del texto fijo” (p. 70) que tienen los siglos XVI y XVII.

En el capítulo VII, “El lector silencioso”, Frenk se centra en la lectura a solas y en silencio. Ésta existió desde la Antigüedad clásica, pero, para la profesora mejicana, fue excepcional hasta la invención de la imprenta. En los siglos XVI y XVII se documenta un mayor número de alusiones a ella: “es muy probable que entre los que en el siglo XVI y XVII tenían tratos continuos con los libros fuera frecuente la lectura silenciosa” (p. 75). En esta época “se está produciendo en España, como en toda la cultura occidental, un cambio muy profundo. Tras siglo y medio de existencia, la imprenta está, ahora sí, calando hondo en los modos de vivir la literatura —y la vida” (p. 81). Poco a poco, la letra enmudece y el lector ensordece. “Pero [...] el proceso tardará aún largo tiempo en consumarse. Y nunca [...] se consumará tan totalmente que no deje, en medio del silencio, un resquicio a los resplandores de la voz” (pp. 85-86).

Independientemente de que se compartan en mayor o menor medida las tesis sostenidas por Margit Frenk, creemos que hay que felicitar por la aparición del presente volumen, que se inscribe y que inscribe la literatura española de los Siglos de Oro en la cada vez más caudalosa corriente de estudios sobre las relaciones entre oralidad y escritura. La línea de pensamiento de la profesora mejicana apunta siempre hacia una misma tesis, con lo que el libro no adolece de falta de cohesión, aunque sea en parte una recopilación de trabajos ya aparecidos con anterioridad, sino que, por el contrario, muestra cómo dichos



estudios eran realmente complementarios. Por otro lado, es de destacar la soltura con la que Frenk maneja la ya ingente bibliografía sobre la oralidad y la capacidad de leer y escribir. En las pp. 117-133 se presenta una importante selección de la misma, en la que inevitablemente se echarán en falta algunos trabajos (v.gr. los de Isabel Uría, Roger Walker o Aldo Ruffinatto sobre la forma de difusión de la literatura española medieval, o el de Mary Carruthers sobre la función de la memoria en la Edad Media), pero que, sin duda, habrá de tomarse como base de los estudios que previsiblemente aparecerán sobre el particular, y que deberán tener muy en cuenta también las sugerencias de investigación, las tesis y los datos aportados por Margit Frenk en *Entre la voz y el silencio*, obra destinada, sin duda, a una lectura silenciosa, pero cuyos méritos no se deberían silenciar.

PABLO ANCOS
Universitat de València